

cia el papel del institutor, sus deberes y sus derechos. He aquí algunos de sus párrafos :

« No os equivoquéis, señor, aunque la carrera de la instrucción primaria no tenga brillo, sus trabajos interesan á toda la sociedad y su profesión participa de la importancia de las funciones públicas... La instrucción primaria universal es desde ahora una de las garantías del orden y de la estabilidad social. »

Examina en seguida la circular las ventajas materiales que la nueva ley asegura á los institutores, y continúa así :

« Sin embargo, señor, no lo ignoro, la previsión de la ley, los recursos de que dispone el poder, no lograrán nunca hacer la simple profesión de institutor comunal, tan atractiva cuanto es útil. Nunca podrá volver la sociedad á quien á ella se dedica todo lo que por ella hace. No es posible hacer una fortuna, no se puede conquistar un nombre en las penosas obligaciones que impone. Destinado á ver su vida transcurrir en un trabajo monótono, á veces aun á encontrar al derredor de sí la injusticia ó la ingratitud de la ignorancia, el preceptor se entristecería con frecuencia y tal vez llegaría á sucumbir si no tomase fuerzas y ánimo en otra fuente que en las perspectivas de un interés inmediato y puramente personal. Necesita que un sentimiento profundo de la importancia moral de sus trabajos le sostenga y le anime; que el placer austero de haber servido á los hombres y contribuido en secreto al bien público se convierta en el digno salario que le dé su conciencia. Su gloria consiste en no pretender nada más allá de su oscura y laboriosa condición, en agotarse con sacrificios que apenas cuentan los que de ellos se aprovechan; en trabajar, en fin, para los hombres y en no esperar recompensa sino de Dios. »

Progresos de la enseñanza popular. — Sería curiosa historia la relación pormenorizada de los progresos de la educación popular en Francia desde la ley de 1833 hasta nuestros días. Los proyectos de ley de la República de 1848, las proposiciones liberales de M. Carnot y de M. Barthélemy-Saint-Hilaire, el retroceso de la ley de 15 de Marzo de 1850, el *statu quo* de los primeros años del segundo Imperio, y después, al final, los esfuerzos y las tentativas laudables de M. Duruy, y bajo la tercera República su organi-

zación definitiva y triunfante : todo lo que es muy conocido y muy reciente para que tengamos que insistir aquí en ello.

Para lograr hacer pasar de nuevo á las leyes los principios de la enseñanza gratuita, obligatoria y laica, proclamados por la Revolución francesa, ha sido necesario todo un siglo. Sobre todo, en lo relativo á la instrucción obligatoria, los mejores talentos no se han dejado convencer sino poco á poco. Sin embargo desde 1833, Cousin, informante en la Cámara de Pares, de la ley Guizot, se expresaba así :

« Una ley que hiciese de la instrucción primaria, una obligación legal, no nos ha parecido que esté más lejos del poder del legislador que la ley de la guardia nacional y que la que acabáis de dictar sobre la expropiación forzada por causa de utilidad pública. Si la razón de la utilidad pública basta al legislador para tocar la propiedad, ¿ por qué la razón de una utilidad muy superior no le bastaría para obrar de igual modo, para hacer que los niños reciban la instrucción indispensable á toda criatura humana, con el objeto de que no se torne ésta en dañosa para sí misma ó para toda la sociedad? »

Agregaba Cousin que la comisión de quien era representante no hubiera retrocedido ante medidas prudentemente combinadas para hacer la instrucción obligatoria, si no hubiese temido provocar dificultades y aplazar con ello una ley que era impacientemente esperada. La evidente necesidad de instruir al pueblo, el interés social, el interés de las familias y de los individuos, todas esas consideraciones han acabado insensiblemente con los escrúpulos ó con las ilusiones de un falso liberalismo, y ya no es necesario volver hoy á los elocuentes informes de M. Carnot en su proyecto de 1848 ni á los de M. Duruy y de M. Jules Simon.

En 1873, el mismo Guizot se expresaba así :

« La libertad de conciencia y la de las familias son hechos y derechos que, en esta cuestión, deben ser escrupulosamente respetados y garantizados; pero, bajo la condición de este respeto y de estas garantías, puede suceder que el estado social y el estado de los espíritus hagan la obligación legal, en lo tocante á la instrucción

primaria, legítima, saludable y necesaria. *En este punto estamos colocados ahora nosotros.* El movimiento en favor de la enseñanza obligatoria es sincero, serio, nacional. Ejemplos poderosos lo autorizan y lo alientan: en Alemania, en Suiza, en Dinamarca, en la mayor parte de los Estados de América, la instrucción primaria tiene ese carácter y la civilización ha recogido de ello excelentes frutos. La Francia y su gobierno tienen pues razón al acoger este proyecto. »

Programas de instrucción primaria. — Al mismo tiempo que la instrucción primaria progresaba por su extensión siempre creciente y por la participación de mayor número de individuos, sus programas también se agrandaban, y bajo esta relación, es de sumo interés la comparación de las diversas leyes que han regido la materia en nuestro siglo.

La ley de 1833 decía :

« La instrucción primaria elemental comprende necesariamente la instrucción moral y religiosa, la lectura, la escritura, los elementos de la lengua francesa y del cálculo, el sistema legal de pesos y medidas. »

El proyecto presentado el 30 de Junio de 1848 por M. Carnot, ministro de instrucción pública, se expresa así :

« La enseñanza primaria comprende : 1° la lectura, la escritura, los elementos de la lengua francesa, los elementos del cálculo, el sistema métrico, la medida de las longitudes, nociones elementales sobre los fenómenos de la naturaleza y los hechos principales de la agricultura y de la industria; el dibujo lineal y el canto; nociones elementales sobre la historia y la geografía de Francia; 2° el conocimiento de los deberes y de los derechos del hombre y del ciudadano, el desarrollo de los sentimientos de libertad, de igualdad y de fraternidad, 3° los preceptos elementales de la higiene y de los ejercicios útiles para el desarrollo físico. »

« La enseñanza religiosa será dada por los ministros de los diferentes cultos. »

Según el proyecto de M. Barthélemy-Saint-Hilaire (10 de Abril de 1849), la instrucción elemental, para los niños, comprendía :

«.... La instrucción moral, religiosa y cívica, la lectura, la escritura, los elementos de la lengua francesa; los elementos del cálculo, el sistema legal de pesos y medidas, el dibujo lineal, nociones elementales de agricultura y de higiene; el canto y los ejercicios gimnásticos.

Según las necesidades y los recursos de las localidades, la instrucción primaria elemental podrá recibir los impulsos que se juzguen convenientes y comprender, con especialidad, nociones de historia y de geografía de Francia. »

Por último, la ley de 15 de Marzo de 1850, está redactada así :

« Art. 23. — La enseñanza primaria comprende la instrucción moral y religiosa, la lectura, la escritura, los elementos de la lengua francesa, el cálculo y el sistema legal de pesos y medidas. Puede comprender además la aritmética aplicada á las operaciones prácticas; elementos de historia y de geografía; nociones de ciencias físicas y de historia natural aplicables á los usos de la vida; instrucciones elementales sobre agricultura, industria, higiene y agrimensura; la nivelación, el dibujo lineal, el canto y la gimnasia. »

Desde 1850, ha consistido, sobre todo, el progreso en volver obligatorio lo que era simplemente facultativo. La historia, por ejemplo, no ha sido materia de enseñanza sino hasta 1867.

Los teóricos de la educación. — El historiador de la pedagogía del siglo diez y nueve, á lado de los progresos de la enseñanza primaria, tendría que seguir el desarrollo de la enseñanza secundaria y de la enseñanza superior: tendría que escribir la historia de la Universidad, cuando ensanchó los métodos de sus liceos, de sus colegios y cuando, por un noble espíritu de libertad, ampliaba los estudios de sus facultades. Pero si abordáramos este orden de investigaciones, traspasaríamos los límites de nuestro plan, y más aún entrando en detalles pertenecientes á la historia contemporánea.

Lo que debe fijar nuestra atención son las reflexiones teóricas de los diferentes pensadores que han tratado en nuestro siglo, de los principios y de las leyes de la educación, cuando menos de los que se han señalado por algún modo de ver nuevo.

Jacotot (1770-1840). — Jacotot, que se ha hecho célebre en Francia sólo por lo extraño de sus paradojas, es tal vez, de los pedagogos del siglo diez y nueve, del que más se han ocupado en el extranjero, particularmente en Alemania : « Jacotot, dice el Doctor Dittes, ha provocado una mejoría duradera en la instrucción pública de Alemania. La reforma que introdujo en la enseñanza de la lectura es importante. Partía de una frase completa que era pronunciada, explicada y aprendida de memoria por los niños, después analizada en sus partes constitutivas (1). » Por otra parte, un crítico francés, M. Bernard Perez, traza el siguiente retrato de Jacotot :

« Era el mejor y el más dócil de los hombres. Tenía la firmeza, la paciencia, la honestidad, el candor de los espíritus superiores : una bondad inagotable, una caridad universal que le hacían terminar todas sus cartas con esta fórmula : « Sobre todo os recomiendo á los pobres. » Esta ardiente filantropía, así como su entusiasmo y su celo por la instrucción, respiran también en sus escritos, llenos por lo demás de saltos y de excentricidades verbales (2). »

Paradojas de Jacotot. — En su principal obra *La enseñanza universal* (3), Jacotot expuso sus principios que son otras tantas paradojas : « Todas las inteligencias son iguales. » — « Todo hombre puede enseñar y aun enseñar lo que él mismo no sabe. » — « Puede uno instruirse enteramente solo. » — « Todo está en todo. »

En el fondo de las paradojas de Jacotot hay sin duda una parte de verdad : por ejemplo, la idea exactísima de que la mejor enseñanza es la que anima á las jóvenes inteligencias á pensar por sí mismas. Sin duda también, él mismo corregía el exceso de su pensamiento cuando decía que la desigualdad de las voluntades destruye rápidamente la igualdad de las inteli-

(1) Dittes, *op. cit.*, p. 272.

(2) Véase *Jacotot y su método de emancipación intelectual*, por M. Bernard Perez. París, Germer-Baillière, 1883.

(3) *Enseñanza universal*, París, 1823.

gencias. Pero la forma violenta, exagerada que Jacotot ha dado á sus ideas, las ha comprometido en la opinión. Se olvidó de lo cierto, de lo fecundo que hay en su sistema, para no recordar sino las fórmulas caprichosas en que se complacía.

Todo está en todo. — La más famosa de las paradojas de Jacotot, es la fórmula : « Todo está en todo. » Todo el latín estaría en una página de latín ; toda la música en un trozo de música ; toda la aritmética en una regla de cálculo. Prácticamente, Jacotot hacía aprender á sus alumnos los seis primeros libros del *Telémaco*. Sobre este texto, una vez aprendido, y que se recitaba dos veces por semana, se hacían toda clase de ejercicios, que debían bastar para el conocimiento completo de la lengua francesa. Así también el *Epítome historie sacræ*, que se ponía en manos del alumno y que aprendía en dos meses, era casi el único instrumento de los estudios latinos. En el fondo, y haciendo á un lado exageraciones verdaderamente extrañas, Jacotot pensaba con razón, como lo decía él mismo, que era necesario « aprender bien alguna cosa y referir á ella todo lo demás ».

Los sansimonianos y los falansterianos. — Pocas cosas prácticas se pueden recoger en los escritos de los utopistas célebres que, al principio de este siglo, se hicieron conocer por sus planes de organización social : la quimera es la que domina en sus sistemas. Cabet pedía, entre otras extrañezas, que se quemasen todos los libros antiguos y que no se escribiesen libros nuevos sino previo mandato del Estado. También quería que el código de las escuelas fuera formado por los mismos niños (1).

Victor Considérant suprimía, no los libros, sino la disciplina y la autoridad : « Ya el niño no será desobediente, decía, porque ya no se le mandará (2). »

Saint Simon, en 1816, dirigía á la *Sociedad para la instrucción elemental*, un pequeño escrito que testificaba sus preocupaciones pedagógicas. Para él y para

(1) Cabet, *Viaje á Yearia*. París, 1842.

(2) Considérant, *Teoría de la educación racional y atractiva del siglo diez y nueve*. París, 1844.

sus discípulos, la educación es « el conjunto de los esfuerzos que se deben emplear para apropiarse cada generación nueva al orden social á que está llamada por la marcha de la humanidad. » Era marcar con eso el contraste de las tendencias modernas, que aspiran antes que todo á un fin terrestre y social, con las tendencias antiguas atadas á las ideas sobrenaturales. Los sentimientos estéticos, los métodos científicos, la actividad industrial, tal es el triple desarrollo á que debe entregarse la educación especial y profesional. Pero los sansimonianos colocaban por encima la educación moral, según ellos muy desdeñada, y que, sobre todo, debía consistir en el desarrollo provocado en los jóvenes, de las facultades simpáticas y afectuosas. Los sansimonianos se atenan poco á la ciencia y á los principios abstractos, para asegurar entre los hombres el reinado de la moralidad. Para ellos, el sentimiento es el verdadero principio moral, y por consiguiente, la educación debe consistir esencialmente en educar el corazón.

Fourier (1772-1837).— Como Saint-Simon, Fourier tuvo pretensiones pedagógicas. Nada más extraño que su Tratado sobre la *Educación natural*. Apenas algunos relámpagos de sentido común se mezclan en ella, á una multitud de grotescos delirios.

Fourier resucita las utopías de Platón y confía los niños á nodrizas públicas. Se muestra más racional cuando, en despecho de sus declamaciones sobre la excelencia de la naturaleza, reconoce en los niños la diversidad de caracteres, y divide « los niños de pecho y los infantes » en tres clases, « los buenos, los malos y los endiablados. »

Es necesario alabar en Fourier los esfuerzos que hizo para provocar la actividad industrial. Algo debe tomarse de los paseos á través de las fábricas y de los talleres, que recomienda á los niños, para que, al ver tal ó cual utensilio, se despertara y se manifestara su vocación particular.

Para Fourier los instintos del niño son sagrados, aun los peores, por ejemplo, el gusto por la destrucción ó el desprecio de la limpieza. Lejos de combatirlos, los aprovecha y los utiliza, empleando á los niños

destructores y desaseados en funciones que estén en relación con su gusto, por ejemplo, en la persecución de los reptiles y en la limpieza de los albañales.

Pero es inútil entrar en más largos detalles. La educación fourierista no es una disciplina ni una regla: es sencillamente un sistema de adhesión complaciente y aun de provocación festinada de los instintos que trae el niño de la naturaleza. No se trata de dirigirlo ni de formarlo: sino de emanciparlo y de excitarlo.

Augusto Comte (1798-1857) y la escuela positivista.— La escuela positivista y su ilustre fundador Augusto Comte, no podían hacer á un lado, en sus trabajos enciclopédicos, una cuestión tan importante cual es la de la educación. El autor del *Curso de filosofía positiva*, anunció un tratado especial sobre pedagogía, « asunto importantísimo, decía, que no ha sido abordado aún de una manera convenientemente sistemática ». Su promesa no se cumplió: pero se puede, ateniéndose á algunas de las páginas de los escritos de Augusto Comte, reconstituir en sus principales lineamientos la pedagogía que se deriva de su sistema.

Comte habría tomado como guía la evolución natural y específica de la humanidad.

« La educación individual no puede ser suficientemente apreciada sino según su necesaria conformidad con la evolución colectiva. »

Siendo el positivismo, según Comte, el que representa el grado supremo de la evolución de la humanidad, la nueva educación debe ser *positiva*.

« Los buenos talentos reconocen unánimemente la necesidad de reemplazar nuestra educación europea, obra esencialmente teológica, metafísica y literaria, con una educación *positiva* conforme con el espíritu de nuestra época y que se adapte á las necesidades de la civilización moderna. »

El fundamento de la educación será pues la enseñanza de la ciencia. Pero esta enseñanza dará sus frutos

con una condición : es que se salga en fin de « la especialidad exclusiva, del aislamiento pronunciado, que caracteriza aún nuestra manera de concebir y de cultivar las ciencias. » El *Curso de filosofía positiva* tenía precisamente por objeto remediar la influencia deletérea de la excesiva especialización de las investigaciones, estableciendo las relaciones y la jerarquía de las ciencias. Comte fijaba en las matemáticas el punto de partida de la instrucción científica : esto era ir en contra de la tendencia moderna que consiste en principiar por los estudios concretos y físicos.

Augusto Comte, en su proyecto de reforma social, pedía una instrucción universal, y se quejaba con vivacidad de la indiferencia de las clases directoras de la instrucción para los pobres :

« Nada es más á propósito para caracterizar la actual anarquía que la vergonzosa incuria con la cual las clases superiores consideran habitualmente hoy la total ausencia de educación popular, cuya prolongación exagerada amenaza ejercer sobre su destino próximo una espantosa reacción. »

Á pesar de todo Comte no llega á soñar para todos los hombres una educación idéntica, una educación integral, como se la ha llamado. Admite grados en la instrucción « que, según dice, comprenderá variedades de extensión dentro de un sistema constantemente semejante é idéntico » (1).

Dupanloup (1803-1878). — Entre todos los escritores eclesiásticos de nuestro siglo, el que ha estudiado con mayor pasión las cuestiones de la educación, ha sido, con seguridad, el obispo Dupanloup. Testifican el celo pedagógico del elocuente prelado obras de consideración. Su defecto consiste en que fueron escritas con más fogosidad que sabiduría y traducen el celo del apologista cristiano más que lo que se inspiran en

(1) *Curso de filosofía positiva*. 2ª edic., 1864. — También deben agregarse á la escuela positivista varias obras recientes : *La Instrucción y la educación*, por M. Robin, París 1877. *Una educación intelectual*, por L. Arreat.

el amor imparcial de la verdad. La violencia del lenguaje y la exageración del pensamiento impiden con frecuencia al lector gustar, como convendría, la inspiración moral y religiosa de donde salieron esos libros llenos de fé ardiente y profunda, pero de más fé que de caridad. A pesar de su longitud y de sus vastas proporciones, estos libros son libelos, obras de combate. Es preciso precaverse y no tomarlos como tratados científicos. Falta en ellos la seriedad y desde el principio se siente uno envuelto en una atmósfera turbada y tempestuosa.

Análisis del tratado de la educación. — Se leerán con provecho los tres volúmenes de la *Educación*. El primero trata de la educación en general y contiene tres libros. En el primero el autor establece el carácter de la educación que tiene por objeto cultivar las facultades, ejercitarlas, desarrollarlas, fortificarlas y por último pulirlas. En los libros siguientes el autor estudia la naturaleza del niño, del que habla á veces con ternura conmovedora ; examina los medios de educación que son : « la religión, la instrucción, la disciplina y el esmero en los cuidados del físico. » La disciplina consiste en mantener, en prevenir, en reprimir. Es á la educación « lo que la corteza al árbol que rodea : es la corteza que retiene la savia y la fuerza para subir al corazón del árbol. »

El segundo volumen tiene por título general : *La autoridad y el respeto en la educación*. Para el autor, la autoridad y el respeto son las dos cosas fundamentales. Bajo ese punto de vista estudia lo que él llama personal de la educación, es decir : Dios, los padres, el maestro, el niño y el condiscípulo.

En el tercer volumen, titulado *Los hombres de la educación*, trata sobre todo de las cualidades que convienen al director de una casa de educación y á sus diversos colaboradores (1).

Errores y preocupaciones. — Á pesar de haber

(1) Las principales obras pedagógicas de Dupanloup son : el tratado de la *Educación*, 1851, 3 volúmenes ; 2º *De la alta educación intelectual*, 1855, 3 volúmenes ; 3º *Cartas sobre la educación de las niñas*, 1869, 1 volumen.

escrito un hermoso capítulo titulado : *Del respeto que se debe á la dignidad del niño y á la libertad de su naturaleza*, Dupanloup se impresiona más con los defectos que con las cualidades de la infancia. Se estremece pensando en su ligereza, en su curiosidad, en su sensualidad y sobre todo en su orgullo. Por eso desconfía de los elogios y de las recompensas :

« ¿No teméis, dice á los maestros, despertar su orgullo cuando elogiáis á vuestros discípulos? El orgullo de los colegiales es un mal terrible; ¡ comienza en tercero, se desarrolla, en segundo, estalla en retórica y se afirma en filosofía!..... »

A esta desconfianza de la naturaleza humana se une un pesimismo singular con respecto á las funciones del institutor :

« En ese ministerio, dice, se hallan grandes trabajos; á veces, si se tiene dignidad, en ellos se consume el hombre, puede encontrar consuelos, pero placeres, nunca! »

La sentencia es severa y absoluta, pero se vuelve en parte contra quien la pronuncia. ¿Cómo no desconfiar de un pedagogo que declara que no se mezcla satisfacción alguna á la enseñanza y que condena á los maestros de la juventud á una vida de sacrificio y de amargura?

El mayor defecto del espíritu pedagógico de Dupanloup, consiste en que no traspasa los estrechos límites de la educación dada en los pequeños seminarios. Dupanloup escribió solamente para las clases medias. No se preocupa con la educación del pueblo; no quiere al institutor laico; detesta á la Universidad. Se limita á ser el hombre que inspiró la ley de 15 de Mayo de 1850.

La escuela espiritualista y las universidades.

— Los filósofos de la escuela espiritualista francesa no han puesto gran atención en la teoría de la educación. El más ilustre, Cousin (1792-1868), á la vez que contribuía á organizar la enseñanza universitaria,

estudiaba con cuidado las instituciones pedagógicas del extranjero, especialmente en sus dos obras : *De la instrucción pública en Holanda* (1837), y *De la instrucción pública en Alemania* (1840). Los trabajos de M. Jules Simon tienen el mismo carácter práctico; pero con marcada tendencia á tratar preferentemente las cuestiones de instrucción primaria. La *Escuela* (1864) es un manifiesto en favor de la enseñanza gratuita y de la obligatoria.

Por su lado, las universidades, en este siglo han obrado más que especulado : han formado buenos alumnos, pero no han compuesto teorías. Sin embargo podrian recogerse preciosas verdades en las obras de Cournot (1), de Bersot (2), y sobre todo de M. Michel Bréal (3).

(1) Cournot publicó en 1864 un libro notable bajo el título : *De las instituciones de instrucción pública*.

(2) Véanse los *Ensayos de filosofía y de moral*, por E. Bersot, y también los *Estudios y discursos*, (1879).

(3) Véase sobre todo el libro muy conocido de M. Bréal : *Algunas palabras sobre la instrucción pública en Francia*.